

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION  
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES  
25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES  
25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

| PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN |                       |
|------------------------|-----------------------|
| EN MADRID, ...         | Un mes. .... 1 peseta |
|                        | Trimestre. ... 2,50   |
|                        | Año. .... 10          |

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

| PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN |                              |
|------------------------|------------------------------|
| EN PROVINCIAS          | Un Trimestre. .... 3 pesetas |
|                        | Semestre. .... 6             |
|                        | Año. .... 12                 |

## CANTAR

Colores de sangre y oro,  
son los de nuestra bandera,  
ni hay oro para comprarla  
ni sangre para vencerla.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

## INDIFERENTISMO

La característica de esta triste época es el indiferentismo. Nadie se preocupa de nada. Para cada conflicto tenemos una muñeca de desdén. Nos hemos acostumbrado de tal modo a la desgracia, que ya no hay catástrofe que nos conmueva. Estalla la guerra en Cuba y nos encojemos de hombros; surge la vergüenza del *Alliance*, y nos echamos a reír cínicamente.

Con esa vergüenza del *Alliance*, quizás por el buen parecer, nos hemos indignado unos pocos.

Pero la indignación no nos ha durado mucho. Vivimos tan deprisa que no hay asunto, por grave que sea, que logre mantener despierta nuestra atención más de veinticuatro horas.

En los primeros momentos, sí, hemos gritado un poco, y hasta nos hemos permitido llamar tocineros a los norteamericanos y descendientes del tío San.

Y después de estos desahogos retóricos, la tranquilidad ha vuelto a nuestro agitado espíritu, y hemos discutido fríamente si los Estados Unidos habían tenido o no motivos para escarnecernos.

Según la prensa ministerial, si ha habido afrenta—que el caso es discutible—debemos sufrirla, porque somos merecedores de ella.

El Conde de Venadito no debió nunca cañonear al *Alliance*, aun constándole positivamente que éste le vaba contrabando de armas.

De esta opinión es también el jefe del gobierno y el ministro de Estado.

La prensa independiente, la que no cobra por pensar de esta ó de la otra manera, ha defendido la buena doctrina de derecho internacional, demostrando la razón con que el Venadito cañoneó al *Alliance*.

Y entonces la prensa oficiosa, á falta de razones, nos ha llamado cursis á los que defendíamos la dignidad de la patria, ultrajada por los Estados Unidos.

\*\*\*

Pero ya lo hemos dicho: la discusión no ha durado mucho tiempo. Nuevos asuntos han solicitado nuestra atención, y hemos dado al olvido esa *pequeñez* del *Alliance*.

¿Y la opinión, de quién se ha mostrado partidaria en este asunto?

¡Ah! La opinión ha dejado gritar á unos y á otros, sin tomar parte en la discusión, y se ha reído cínicamente al ver el calor con que defendíamos la dignidad de la patria.

## EL CONFLICTO DEL FERROL

Ni la avaricia ni aun la vanidad tienen parte en este empeño de la población gallega. Es el instinto de conservación alarmado, el derecho á la vida apercibido á la defensa, que grita hasta enronquecer y enseña los puños crispados por las contracciones de la rabia. Es sencillamente que el pueblo del Ferrol defiende sus derechos.

Esa multitud que se encrespa irritada, no mendiga el cobro de unos cuantos jornales, no solicita preeminencias ni privilegios, tampoco obedece la excitación de aquella multitud á rencorosa envidia. El Ferrol paga el tributo que se le debe á la noble Bilbao por su fecunda laboriosidad. Digan lo que les venga en mientes á los encargados de defender las torpezas de determinados ministros, la actitud del pueblo ferrolano no obedece á mezquinas rivalidades.

Pero las injusticias constantes, las obstinadas postergaciones, truecan la mesura en tempestuoso arresto.

La orden del general Beránger disponiendo se reparen en Bilbao las averías del crucero *Infanta María Teresa* ha llenado de justa indignación y alarmado á todos los que, de su trabajo, viven en el Ferrol.

La orden del ministro de Marina tiene toda la importancia de una condena, y esos millares de inteligentes obreros que el trabajo ha reunido, tendrán que dispersarse por necesidad, y procurarse en otros pueblos, fuera de su ciudad querida, el pan que en ésta no encuentran.

Las reparaciones del *Infanta María Teresa*, han sido sólo un pretexto para que aquel pueblo mostrase su descontento.

El Ferrol no litiga esa pequeñez. El Ferrol defiende la importancia de su arsenal, principal elemento de su riqueza y fundamento de su prosperidad.

Y declarar un territorio en estado de guerra, concentrar batallones, escuadrones y baterías como contestación á las demandas del derecho justamente irritado, no es el mejor medio de resolver en definitiva conflictos, sino de aplazarlos para que nuevamente surjan con mayor y más rencorosa violencia el día de mañana.

## ANTROPOLOGÍA

(BOCETO CIENTÍFICO)

I  
Siempre ha sido el ser humano, desde tiempos primitivos, objeto de controversias y de estudios profundísimos para los sabios ilustres honra del mundo científico. Hay quien pretende que el hombre es descendiente del mico, y no fué del todo errado el que formuló tal juicio, pues hay varios ejemplares de un feo tan excesivo, que más que seres humanos, son monos ó lemurinos.

Sin embar, o, no pretendo remontarme á lo infinito, en busca de los orígenes verdaderos ó ficticios del rey de la creación, pues me importa tres cominos ser descendiente del mono ó serlo del cocodrilo, que para saber quién soy me basta el *nosce te ipsum*. Pero, lo que he probado, como tres y dos son cinco, es que el hombre, aunque descendiente de Adán, padre primitivo, tiene á veces conformado

de tal modo su organismo, sus cualidades y gustos en lo moral y en lo físico, que hay hombres, que no parecen hombres, sino animalitos.

II  
El usurero que presta dinero al setenta y... plico por ciento, y estruja al pobre, á la araña es parecido. Teje con maña su tela, y en su tugurio escondido, espera á que algún incauto venga á enredarse en sus hilos.

Los matones de taberna y los chulos aburridos, que hablan de fajos, revases y cosas por el estilo, parecen perros falderos que jamás dan un mordisco, y ladran á todo el mundo, por el placer de hacer ruido.

Hay pollo con afición á ganso, desde muy niño. Oradores espontáneos

que hablan como los loritos todo aquello que aprendieron á fuerza de repetirlo. Caballeros que se dejan crecer el pelo al descuido, solo porque la melena les da cierto aspecto artístico, y parecen perros de aguas, ó de lenas, que es lo mismo.

¿Y qué son los ratas? Gatos con un poco más de instinto; como ellos siempre en acecho, y viviendo á desquidos. ¿Hormigas?... para sus casas? De este género hay muchísimos. Jóvenes que hacen el oso, tener que parece un grillo, y literatos que tienen la cabeza de chorlito.

Estos ejemplos me bastan para probar lo que he dicho, y quédense en el tintero otros muchos parecidos que no quiero cobrar fama de impertinente y prolijo.

## EL SOLDADO ESPAÑOL

Nuestro soldado es tan sóbrio como valiente, sus virtudes militares y cívicas no tienen igual ni admiten cuenta: resistente y sólido á semejanza de los ingleses, impetuoso y atrevido como los franceses, en la montaña ágil como los albaneses ó los griegos, firme en las llanuras como los austriacos; sabiendo sufrir un sitio como los turcos, y subir al asalto como no suben más que los españoles; atravesar como el árabe los desiertos de Libia, sin sentir fatiga; correr como los gauchos, en bandas invisibles, las praderas y las selvas de los Trópicos, sin sucumbir al calor; presto á vivir bajo el cielo helado de Suecia, como en tiempo del marqués de la Romana, y á respirar el aire envenenado de Indo-China, como en las campañas triunfales de Mindanao y Joló; ejército sublime, que ha tenido victorias como la de Bailén, levantamientos como el del Dos de Mayo, sitios como los de Gerona y Zaragoza, combates como los del Bruch, que recuerdan la defensa de las Termópilas; que nos ha dado la patria intacta en la guerra de la Independencia, el derecho moderno en la sangrienta guerra civil y en la fecunda revolución de Septiembre, la integridad territorial en las Antillas, y hoy mismo nos garantiza la paz y nos asegura el ejercicio cotidiano de nuestro derechos.

EMILIO CASTELAR.

## EL FURGÓN

Iban veintiocho muertos en el carro del hospital, revueltos y desnudos, carne medio podrida, que á la fosa desde su lozadal mandaba el mundo.

Cruzando por los baches del camino se agitaba la carga á cada tumbo y, con los choques, el montón quedaba



# DON QUIJOTE.



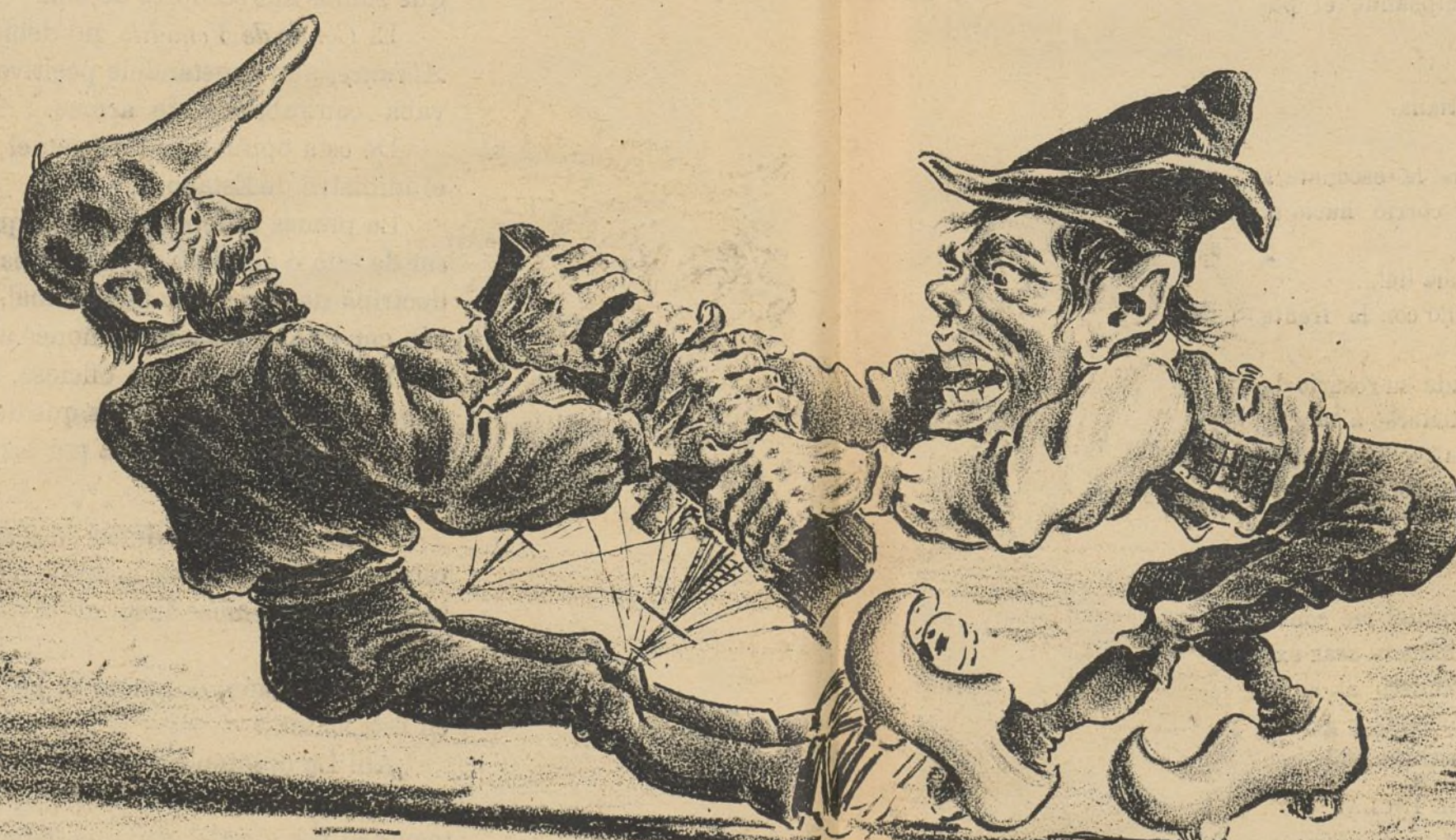
*Tocinería del Tío San.*



*Se prohíbe hacer aguas jurisdiccionales.*



*¡Si me pongo yo los pantalones!..*



*La euestión del Ferrol.*



*Betuneria nacional.*

*Lit. Jesús del Valle. 36.*



*Santo del día: La adoración de la "Bella Chiquita."*



cada vez más informe y más confuso.

De todo había allí: pobres ancianos por quienes nadie vestirá de luto, porque dieron sus hijos a la patria y se quedaron ellos sin ninguno; infelices mujeres que en la feria vendieron el amor por un mendrugo y hallaron, en la fuerza de la vida, veneno en el placer, muerte en el gusto, y obreros que cayeron en la lucha con el aire letal de su tugurio, y niños que murieron sin que nadie acercara los labios a los suyos...

Paró en el cementerio el carricoche; el capellán les dedicó un murmullo y echó una bendición, de mala gana, que serviría para todos juntos.

Los obreros que habían de enterrarles se acercaron corriendo y en tumulto y abrieron a la par las portezuelas del armatoste fétido y oscuro.

Tuvo aquello que ver. Hubo blasfemias, maldiciones y votos como puños.  
—¿Qué les pasa? ¿Qué es eso? (dije al cura).  
—¡Que les insultan porque vienen muchos!

SINESIO DELGADO.

## LANZADAS

El Sr. Blasco Ibáñez, director de nuestro querido colega *El Pueblo*, de Valencia, ha ingresado en la cárcel.

¡Alabado y reverenciado sea el nombre del Señor!  
¡Y bendita sea la libertad de la prensa!

Dos redactores de *El Diluvio*, de Barcelona, han sido apaleados.

El director de *La Publicidad*, de Granada, ha sido apaleado también.

¡El mal ejemplo cunde!

En fin, compañeros, que ya es cosa de preguntar, como el personaje del cuento:

—¿Dónde nos pegan hoy?

El llamado maestro Ferreras está muy indignado por los accidentes ocurridos estos días en las plazas de toros de Madrid y provincias.

¡Y qué vamos a hacerle maestro!

Ya sabe usted lo que dijo Ricardo de la Vega hablando de la fiesta nacional:

«Es una fiesta española  
que viene de prole en prole  
y ni el gobierno la abole  
ni habrá nadie que la abole.»

Conque, no hay más que resignarse.

«El alcalde de Orense  
tiene un niñoito  
que come, bebe y vive,  
y está gordito.»

Y este alma de Dios cobra tres destinos del Estado.

¡Angelito!

Pero en fin, quizás tenga tres estómagos...

Telegrama místico-amoroso:

«BAEZA.—Del convento San Antonio fugáronse dos monjas saltando alto cercado. Una de ellas rompióse muslos pasando hospital grave estado. La otra detenida a gran distancia convento.

En campos trigo encontrése día siguiente dos sotonas abandonadas.»

Digamos con el alguacil de *El Monaguillo*:

—«¡Qué razón tiene *El Motín*!»

Una oración de *El Nacional*:

«JACULATORIA

Que la sacratísima sangre derramada por Jesús, para nosotros, llegue hasta el cielo y detenga la justicia ofendida de todo un Dios Padre.»

Amén.

Y que Dios libre de todo mal a Romero Robledo.

Leo:

«Opiniones del Sr. Sagasta.»

¡Ah! ¿Pero el Sr. Sagasta se permite el lujo de tener opiniones?

El Sr. Romero Robledo ha venido a Madrid a presidir la apertura de los Tribunales.

Y con tan solemne motivo pronunciará su correspondiente discursito.

Que versará, según nuestras noticias, sobre el conocido tema:

«El poder judicial y las elecciones.»

El Sr. Isasa ha sido nombrado presidente del Tribunal Supremo.

¡Suprema designación!

El señor ministro de Hacienda ha regresado a Madrid.

(Nota: Esta es una noticia que debe leerse con las manos en los bolsillos.)

En un tendido de sol  
un chulapo armó tal bronca,  
que enseguida el presidente  
mandó ponerle a la sombra.

\*\*\*

—¿Con que te casas?

—Me caso.

—¿Con quién?

—Con un picador.

—¿Con un picador?

—Con un

profesor de equitación.

\*\*\*

—Chico, toreas muy mal  
y te va a dar un disgusto  
si te coge ese animal.

—Si no me coje... de susto.

\*\*\*

—¡Vaya un cambio! ¡Vaya un cambio!

—¿El que ese torero dió?

—El que ha dado mi marido.

—¿Y qué cambio ha dado?

—¡Atroz!

pues era republicano  
y se ha hecho conservador.

\*\*\*

Por ver quebrar a un torero  
tanto un banquero gastó,  
que se quedó sin dinero  
y quebró; y dice el banquero  
que por ver quebrar, quebró.

VICENTE RUBIO

## UN CABECILLA

De aquel molinero viejo y silencioso que me sirvió de guía para visitar las piedras célticas del monte Rauriz guardo un recuerdo duro, frío y cortante como la nieve que coronaba la cumbre, quizá más que sus facciones, que parecían talladas en durísimo granito. Su historia trágica hizo que con tal energía hubiésemos quedado en el pensamiento aquella cara tabacosa, cuyo color apenas se distinguía del paño de la montera. Si cierro los ojos, creo verle. Era nudoso, seco y fuerte, como el tronco de una vid patriacal; los mechones grises y desmedrados de su barba, recordaban esas manchas de musgo que ostentaban en las oracidades de los pómulos las estátuas de los claustros desmantelados; sus labios de corcho se plegaban con austera indiferencia; tenía un perfil inmóvil y pensativo, una cabeza inexpresiva de relieve egipcio. ¡No, no lo olvidaré nunca!

Había sido un terrible guerrillero. Cuando la primera guerra civil, echóse al campo con sus cinco hijos, y en pocos días logró levantar una facción de gente aguerrida y dispuesta a batir el cobre. Algunas veces fiaba el mando de la partida a su hijo Juan María y se internaba en la montaña, seguro, como lobo que tiene en ella su cubil.

Cuando menos se le esperaba, reaparecía cargado con su escopeta llena de ataduras y remiendos, trayendo en su compañía algún mozo aldeano de aspecto torpe y asustadizo que, de fuerza ó de grado, venía a engrosar las filas.

A la ida y a la vuelta, solía recaer por el molino para enterarse de cómo iban «las familias», (que eran los nietos) y de las piedras que molían. Cierta tarde de verano llegó y hallólo todo en desorden. Atada a un poste de la parra, la molinera desdichábase y llamaba inútilmente a sus nietos, que habían huido a la aldea; el Morito aullaba, con una pata maltrecha en el aire; la puerta estaba rota a culatazos, el grano y la harina alfombraban el suelo; sobre la artesa se veían aún residuos del «yantay», interrumpido, y en el corral la vieja hucha de castaño revuelta y destripada.... El cabecilla contemplaba aquel desastre sin proferir una queja. Después de bien enterarse, acercóse a su mujer murmurando con aquella voz desentonada y caótica de viejo sordo.

—¿A qué hora vinieron los civiles? ¿Cuántos eran? ¿Qué les has dicho?

La molinera sollozó más fuerte. En vez de contestar, desatóse en denuestos contra aquellos enemigos malos que tan gran destrozo hacían en la casa de un pobre que con nadie del mundo se metía.

El marido la miró con sus ojos cobrizos de gallego desconfiado.

—¡Ay, demonio! ¡No eres tú la gran condenada que a mí me engaña! Tú les has dicho dónde está la partida.

Ella seguía llorando sin consuelo.

—¡Arrepara hombre de qué hechura esos verdugos de Jerusalem me pusieron! ¡Atada mismamente como nuestro señor!

El guerrillero repitió, blandiendo furioso la escopeta:

—A ver cómo respondes, ¡puñela! ¿Qué les has dicho?

—¡Pero considera, hombre!...

Calló, dando un gran suspiro, sin atreverse a continuar; tanto la imponía la faz arrugada del viejo!

El no volvió a insistir. Sacó el cuchillo, y cuando ella creía que iba a matarla, cortó las ligaduras, y sin proferir una palabra, la empujó obligándola a que la siguiese. La molinera no cesaba de gimotear.

—¡Ay! ¡Hijos de mis entrañas! ¿Por qué no había de dejarme quemar en unas parrillas antes de decir dónde estabades? Vos, como soles. Yo, una vieja con los pies para la cueva. Precisaba de andar mil años peregrinando por caminos y veredas para tener perdón de Dios. ¡Ay mis hijos! ¡Mis hijos!

La pobre mujer caminaba angustiada, enredados los toscos dedos de labradora en la mata cenicienta de sus cabellos. Si se detenía mesándose los y gimiendo, el marido, cada vez más sombrío, la empujaba con la culata de la escopeta pero sin brusquedad, sin ira, como a vaca mansísima nacida en la propia cuadra, que por acaso cerdea.

Salieron de la era, abrasada por el sol de un día de Agosto, y después de atravesar los prados del Pazo de Medias, se internaron en el hondo caminejo de la montaña, tan fresco con sus humedades de gruta, tan fragante con sus setos de florido sauco, tan lleno de alegres sustos con sus pasaderas bailarinas, tan amenazador con sus revueltas y encurrujadas, tan trágico con sus cruces negras, que recuerdan algún sangriento suceso y tan viejo ¡tan viejo! que hasta en las fajas tiene impresas las huellas de los carros: surcos llenos de agua turbia, que semejan arrugas de la edad, labradas siglo tras siglo en la trocha sombría, granítica y salvaje.

Anduvieron sin detenerse hasta llegar a una revuelta donde se alzaba un retablo de ánimas, chafarrinado de añil y almazarrón. El cabecilla encaramóse sobre un bardal y ojeó receloso cuanto de allí alcanzaba a verse del camino. Amartilló la escopeta, y tras de asegurar el pistón, se santiguó con lentitud respetuosa de cristiano viejo.

—Sabela, arrodíllate junto al retablo de las benditas.

La mujer obedeció temblando.

—Encomiéndate a Dios, Sabela.

—¡Ay, hombre, no me mates! ¡Espera tan siquiera a saber si aquellas prendas padecieron mal alguno!

El guerrillero se pasó la mano por los ojos, luego descolgó del cinto el clásico rosario de cuentas de madera, con engaste de alambriño dorado, y diólo a la vieja, que lo recibió sollozando. Aseguróse mejor sobre el bardal, y murmuró austero:

—Está bendito por el señor obispo de Orense, con indulgencia para la hora de la muerte.

El mismo se puso a rezar con monótono y frío bisbiseo. De tiempo en tiempo echaba una inquieta ojeada al camino. La molinera se fué poco a poco serenando. En el venerable surco de sus arrugas quedaban trémulas las lágrimas; sus manos agitadas por temblequeteo senil, hacían oscilar la cruz y las medallas del rosario, inclinóse golpeando el pecho y besó la tierra con unción.

—¿Has acabado?

Ella juntó las manos con exaltación cristiana.

—¡Hágase, Jesús, tu divina voluntad!

Pero cuando vió al terrible viejo echarse la escopeta a la cara y apuntar, se levantó despavorida y corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¡No me mates! ¡No me mates, por el alma del...

Sonó el tiro, y cayó en medio del camino con la frente agujereada.

El cabecilla alzó de la arena ensangrentada su rosario de faccioso, besó el crucifijo de bronce, y sin detenerse a cargar la escopeta, huyó en dirección de la montaña. Había columbrado hacía un momento, en lo alto de la trocha, los tricornos enfundados de dos guardias civiles.

\*\*\*

Confieso que cuando el buen Urbino Pimentel me contó esta historia terrible, temblé recordando la manera asaz expresiva con que despedí en la Venta de Brandeso al antiguo faccioso, harto de acatar la voluntad solapada y granítica de aquella esfinge tallada en viejo y lustroso roble.

R. DEL VALLE INCLAN.

Diego Pacheco, impresor, Plaza del Dos de Mayo, 5,